

cabeza: «¡No sabéis dónde os metéis! ¡Seguro que os atracan! ¡De allí nadie sale vivo!».

Pantitlán es una inmensa terminal donde se juntan tres líneas de metro y múltiples paradas de camiones y combis: «Apenas hay transporte interno en Neza; casi todos conducen al DF». Pasadizos, escaleras, vendedores ambulantes que gritan su mercancía con la clásica cantilena, un verdadero espectáculo. Baco y su compañera Sara nos han venido a esperar. Tomamos un «chimeco», un destartalado y supercontaminante autobús de los que sólo quedan en la periferia urbana (en el centro predominan los camiones modernos). Baco duda del origen del nombre: o viene de «chimenea» (por el humo que expulsa) o bien es la inversión de «mexica», para legitimar su carácter de patrimonio nacional. No pagamos: «A los bandoleros nos perdonan o nos cobran menos». Nos dirigimos por la avenida Pantitlán hacia la calle Tlalpan, donde vive una pareja que está promoviendo «TVneza», un intento de video comunitario y alternativo. El paisaje es grisáceo: un mar de casas de una planta a tocho limpio, sin pintar, techos de uralita, calles cimentadas no hace mucho (todavía quedan muchas de tierra), avenidas longitudinales sin ningún árbol, ni zona verde, ni plaza que rompan la monotonía de la periferia urbana: «A los chavos sólo les queda ir a la esquina y juntarse en bandas». Paisaje físico y paisaje humano se alimentan mutuamente. Con Baco nos dirigimos a casa de un compadre suyo, miembro también de los Mierdas Punks. Por el camino, en medio del ruido y el tráfico de la destartalada avenida, con una zanja en medio donde se descomponen perros muertos, me va exponiendo su visión del mundo. Rafa «punk» vive con su familia en la calle Margaritas, colonia el Palmar. Rafa nos invita a pasar a su habitación, cubierta de posters y con una batería en el suelo. El muchacho, de unos 24 años, tiene todavía el pelo teñido de un color rojizo, y acaba de llegar del Centro Cultural Municipal, donde da unas clases de danza moderna, profesión a la cual se quiere dedicar. Me siento en el sofá mientras ellos se recuestan en la cama. Estoy a punto de asentar mis posaderas sobre los excrementos todavía húmedos del perro de la casa, que a nadie extraña ver sobre el sofá. La mierda física debe ser una metáfora del nombre de la banda.

Tras una hora de plática, iniciamos el camino hacia el Carrusel, desandando en camión el trayecto por la avenida Chimalhuacán. El Carrusel es un local de hormigón que durante el día es utilizado como «kinder» o guardería infantil y que de ocho a diez de la noche, diariamente, se convierte en una discoteca improvisada para los chavos del barrio. Sobre la fachada está pintado el emblema del PRI; el local parece depender indirectamente de una organización local del partido. Frente a la puerta, la calle —sin pavi-

mentar— está llena de corrillos de chavos y chavas cotorreando, esperando a la banda o juntando el dinero para poder entrar. El boleto vale 2000 pesos. Entre la chaviza predominan los punks y los metaleros: no en vano los jueves ponen su música. Baco y Rafa me van presentando a la banda como un «valedor». Simpatizo con alguno de sus miembros: un muchacho pelón muy cariñoso que vivió en Tijuana y pasó de «mojado» a los Estados Unidos (le llaman «el Nene» por faltarle un diente); una chava muy modosita que acaba de entrar en la banda; un chavo muy bien vestido, líder de los Rotos —otra banda punk de Neza—, que toca en un conjunto de *hard core*, milita en el anarquismo, se conoce todos los grupos españoles, y tiene muchas ganas de venir a Barcelona. Tras coleccionar el dinero —solidariamente entre todos —quien más tiene pone más— entramos en el Carrusel. «Hoy no es el mejor día», dice Baco. Pero el ambiente es impactante. El ruido ensordecedor de *heavy metal* es el único adorno en un escenario de hormigón; el edificio está a medio construir, y la parte central —donde se baila— no está cubierta. Hay corros de gente tomando cerveza o hablando. En la zona de baile, los metaleros giran frenéticamente en torno al *slam*, con los brazos moviéndose de forma violenta. Los *punks* silban para señalar su descontento: ya tienen suficiente *heavy*. Cuando cambia la música, cambian los danzantes; ahora son una multitud de *punks* —unos pocos con crestas, la mayoría con chamarras negras y pantalones rotos— los que giran en torno al *slam* —la forma de baile *punk*—, construyendo un círculo perfecto en movimiento. Predominan los chavos, pero se ven también muchos rostros femeninos, como el de la «güera», una conocida *punk* de Neza. Baco sale para acompañar a Sara a su casa, y me deja en compañía del «pelón». A eso de las diez se acaba la sesión. En la oscuridad del gran suburbio, obreros y subproletarios se aprestan a reparar su cansancio con el sueño, mientras un pesero me devuelve a los rumbos del centro urbano, al lugar donde la ciudad recupera su nombre.

Sara

«Las ideas también cambian con el ambiente. No es lo mismo vivir en el Estado, en una pequeña colonia, a vivir en el Distrito. Porque, por ejemplo, tú sales aquí y ves a niños jugando, el ambiente que te rodea es la señora de los tamales de la esquina o el señor de los tacos que se pone en la noche o la pequeña mueblería que está ahí o la verdulería que está allá, la tortillería y los perros que pasan en la calle. Ese es tu ambiente, en el Distrito no. Ellos salen, ven aparadores, ven a gente extranjera paseándose por aquí,

por allá, ven bares lujosos, hoteles. O sea, el ambiente transforma totalmente las ideas, la gente. No es lo mismo deprimirse aquí que deprimirse en el Distrito. Ver el asfalto adonde van miles de coches, gente para aquí y para allá. Todo ese ritmo de vida te hace pensar en otras cosas. Aparentemente no tiene nada que ver, pero es muy importante el ambiente que te rodea, la gente, las casas que ves. Allá no puedes ver una pinta como aquí, insignias punks «quién sabe qué banda» o «la banda de los locos»... Eso es lo que hace cambiar las ideas. La relación más directa siempre la he tenido con puros chavos banda, porque en realidad no puedo convivir con gente diferente. ¡Sería imposible! Es lo que te digo, el ambiente de aquí es diferente al del Distrito o incluso aquí hay chavos que les gusta que el house, que el rap, que el pop, disco y equis. Pues yo no me llevo para nada con ellos, para nada, para nada. En la primaria no había mucha gente que le gustara el rock, pero sí a unas chavas. Para entonces ya se comentaba mucho de una banda que le decían los Pañales, que era la más temida de aquí de la colonia, según: «¡No, que los Pañales hicieron esto, hicieron lo otro!»... Y así. Eran muchos los chavos que se juntaban. Eran unos 150 chavos yo creo de los que se juntaban con los Pañales. Y muchos vivían juntos, para entonces. Yo iba en quinto de primaria cuando empecé a escuchar de ellos. Ya en sexto, entraron unas chavas que eran de los Pañales y ya me juntaba con ellas y empezamos a cotorrear, pero poquito. Como yo casi no sabía... Ya después empecé a tener otras inquietudes. Me acuerdo que en la escuela se ponían a caminar sobre toda la barda dos chavillos con el pelo pintado, uno de güero y otro de pelirrojo, lo que eran los rockers antes. Y a mí me gustaba el chavillo de pelirrojo ¿no? Yo dije: «No, pues yo los tengo que conocer». Y pues sí, dicho y hecho. Un día estábamos en una fiesta aquí, junto a mi casa, y llegaron ellos y uno de ellos me sacó a bailar. Entonces la canción que estaba pegando mucho era la del «Surf del pájaro», era una punk. Estaba Raúl, un chavillo que yo conocía y le digo: «Oye Raúl, ¡preséntame!» «No, pues uno se llama Toño y al otro le dicen Panqué». Ya cada quien se apartó y comencé a andar con el Alien. Lo conocí en una tocada, en un teatro que está al aire libre». Ya le había visto, cuando le veía en el Carrusel nos saludábamos y ya le empecé a hablar más y más. Como nos veíamos más frecuente en las tocadas, empezó a venir a mi casa. Una vez me operaron del corazón, de un soplo, y le dije al Aleluyo que le dijera al Alien que viniera. Sí vino y después venía más seguido a mi casa. Nos empezamos a conocer más hasta que nos hicimos novios. Anduvimos un tiempo cotorreando. Nos fuimos a Veracruz, nos íbamos a la tocada, que al Chopo, al Molino... Después terminamos, pero hasta la fecha seguimos siendo buenos amigos. Él siempre anduvo solo y yo también. Sí